



## LA CARTA ROBADA

**E**l enfrentamiento entre los empresarios del diario «Madrid» y los políticos de los Gobiernos del cuadrenio 68-71 ha vuelto a ser noticia, con la sentencia del Tribunal Supremo que resuelve el pleito pendiente entre ellos. El Supremo ha declarado nula la cancelación del registro y la empresa vuelve a contar con la inscripción del periódico. Personalmente me alegra la resolución del Supremo porque zanja lo que fue un enfrentamiento entre normas jurídicas y criterios políticos. Igualmente me satisface que la empresa se reconstruya y que el equipo de redactores y de trabajadores en general recuperen sus puestos.

Este fallo del Supremo tiene la virtud de contentar a todos. Si hubiese alguna persona entristecida, ésta representaría la excepción que confirma la regla general. No es nuevo que los tres poderes —el ejecutivo, el judicial y el legislativo— estén en desacuerdo. No le sorprende ni al propio ejecutivo que el poder judicial anule algunas de sus decisiones. Son las reglas del juego establecidas.

Hace pocos días me contaba un argentino el proceso seguido en la asunción del poder por las Fuerzas Armadas en su país la pasada primavera. Los tres años últimos del peronismo deterioraron en tal forma lo social, lo económico y lo político que, a primeros de año, eran los propios dirigentes del peronismo los que trataban de provocar el golpe de Estado de los militares para evitar su fracaso y su gran frustración. Los militares se resis-

tieron al golpe cuanto pudieron y negociaron el relevo para que la transferencia del poder fuera no sólo pacífica, sino lo más democrática posible. Esta es la versión del último ministro de Defensa del Gobierno de Isabelita Perón.

Creo que la anécdota sirve para entender la solución dada al cierre del «Madrid» hace cinco años. El constante descenso del número de lectores y los problemas económicos y financieros de la empresa auguraban un final poco grato para quienes se habían hecho cargo de un vespertino que la familia Pujol dejó con imagen de independencia y gran difusión. La negociación de los nuevos empresarios del periódico con el ministro del ramo terminó en la escalada que provocó el cierre. Cierre, se diría, ansiosamente buscado por los empresarios. Pienso que el ministro cayó en la trampa que le tendieron, aunque no desconociera, al igual que en la anécdota argentina, la estrategia política en juego.

La semana pasada Henry Ford II tuvo la amabilidad de reunir en un almuerzo a los representantes de las entidades financieras que colaboran con Ford España. Treinta y cinco personas estuvimos en la mesa con él alrededor de hora y media. Al contar Ford una anécdota me acordé de lo sucedido con un pariente mío hace muchos años. Era gran persona, un buen jurista y sumamente imaginativo. Con frecuencia nos contaba, con toda clase de pormenores, su viaje a América y la visita que hizo a la Ford. Quienes le escu-

chaban, sin saber que nunca estuvo en América, no podían sospechar que contaba sólo cosas verosímiles.

Esta segunda anécdota puede servir para entender quizá por qué las versiones del presidente del Consejo del «Madrid» —que han reproducido ahora algunas revistas— están en contradicción con la realidad de lo que sucedió. Por lo que personalmente he vivido puedo asegurar que la mayoría de las cosas contadas pueden ser verosímiles, pero o no son ciertas o son de secundaria importancia.

Hace años tuve un amigo de gran valía técnica, profesional y humana. Nadie mejor que él para asimilar el mundo de la nueva tecnología. Durante un tiempo lo hizo muy bien. Luego perdió el sentido de la proporción y también de la medida. Se emborrachó; decía una cosa y hacía otra. Todo se debía a él. Estaba obsesivo. Nadie podía contradecirle. Era preciso llevarle la corriente. Para moderarlo sólo cabía la adulación. De seguir ocupando su puesto hubiera corrido un serio peligro la estabilidad de la empresa. Tanto para la salud del interesado como para la buena marcha de la empresa era aconsejable el retiro temporal y una cura de reposo. Y esto se hizo y con éxito para todos.

Quizá esta tercera anécdota sea útil para comprender el cambio de actitudes y de actuación del «Madrid» —especialmente a partir de 1970— y la problemática de Facés.

La preparación y lanzamiento de Facés fue una experiencia interesante. Para mí fue una actividad pública en la década de los años 60. En pleno régimen de censura, compré el diario «Madrid» a los Pujol, no como negocio particular o familiar —podría haberlo hecho—, sino para una empresa colectiva. El riesgo económico de la sociedad tuvo que afrontarlo solo durante la totalidad de los diez años; pero invité desde el primer día a cuantos amigos quisieron incorporarse, sin hacer distinción de colores. Se constituyeron dos empresas —Facés y «Madrid»— para que en una de ellas pudiéramos convivir discutiendo problemas nacionales, sin que, por fuertes que fueran nuestras discrepancias, éstas pudieran afectar a la buena marcha del periódico.

Tengo un gran respeto por la empresa como institución y por los profesionales como personas. La empresa es muy sensible a la falta de unidad en la dirección y los profesionales, como es lógico, desean que se les respete su dignidad e independencia. La relación entre ambas sociedades se mantenía sobre la base de tener Facés en «Madrid» un único portavoz y éste era su presidente. No es fácil saber por qué —después de varios años de valiente labor de apertura informativa y de opinión sobre cuestiones políticas nacionales— ese presidente quiso tomar la iniciativa de quedarse con un patrimonio empresarial que no era suyo ni necesitaba para su labor periodística. Fue sólo esta agresión la que provocó la defensa de los intereses perjudicados.

Si explico aquí mi estimación personal de lo que sucedió entonces es por haberme visto aludido en la Prensa y porque muchos amigos me preguntan por el tema, confundiendo los tres aspectos que he tratado de acotar por vía de anécdotas.

Al comienzo de la década de los 70 termina para mí la historia de Facés. También sus almuerzos políticos y sus seminarios de todo tipo. Y para «Madrid» termina, con el cierre, su meritoria labor de apertura periodística. El final de la historia fue tan «sencillo y raro» como el delicioso cuento de Allan Poe «La carta robada», del que este artículo ha tomado el mismo título, aunque pueda resultar equivoco.